



La piel del verso

Poeta: Aurora Gámez Enríquez

Prólogo: Manuel Gahete

Imagen de la cubierta: Javier Gámez

Producción: Stonberg Editorial

Primera edición: marzo 2021

AURORA GÁMEZ ENRÍQUEZ

La piel del verso

Prólogo de Manuel Gahete Jurado

**Presidente de la Asociación Colegial de Escritores de España,
Sección Autónoma de Andalucía**

La pasión es un fértil estímulo para lograr cualquier aspiración humana. Y tanto la pasión como el entusiasmo son dones que distinguen a Aurora Gámez Enríquez, licenciada en Ciencias Biológicas por la Universidad de Barcelona, delegada por Málaga de la Asociación Colegial de Escritores de España, sección autónoma de Andalucía (ACE-A), y presidenta del Grupo Alas (Autoras por la Literatura y las Artes), un movimiento de mujeres donde se integran todas las acciones creativas –literarias y artísticas– o de pensamiento en favor de una visibilización real y efectiva del género femenino, terreno en el que imparte conferencias y logra importantes reconocimientos. Su libro de ensayo *Praxis feminista en Málaga y provincia 1990-2011* fue publicado en 2011 en la editorial malagueña Vértice.

Par al compromiso feminista y la lucha por los derechos de la mujer discurre su amor por la literatura, lo que se vierte en la promoción de certámenes literarios y el cuidado de diferentes ediciones literarias (poesía y narrativa), así como un consciente ejercicio de la palabra poética en revistas especializadas, antologías y obras personales.

La escritora malagueña Inmaculada García Haro, refiriéndose al libro de Aurora, *Haikus a tres voces*, subraya que son tres las claves que definen la obra de Gámez: naturaleza, cotidianidad y música, plasmadas en unos “versos plenos de

simbolismo, espiritualidad, misterio y sabiduría”¹. Naturaleza, música y misterio son, para el crítico jienense Francisco Morales Lomas, las notas distintivas de la poesía de Aurora Gámez, remitiéndonos a la mejor tradición de la lírica popular que cautivó a Machado y Juan Ramón y revivieron los neopopularistas Alberti y Lorca, herederos asimismo del Fénix de los Ingenios Españoles, el prolífico y deslumbrante Lope de Vega².

Tanto García Haro como Morales Lomas alumbran el camino para interpretar la obra de Aurora Gámez, empapada por la emoción de la vida y una flagrante fuerza interior, capaz de abrir siempre rumbos amplios por muy estrechos que sean los cauces donde transite la existencia; obra que se abre con una elocuente dedicatoria de tintes confesionales pero hondamente emotiva, producto de una severa reflexión sobre sí misma y el reconocimiento, no siempre gratuito pero sí fructivo, de lo que consideramos forja de la personalidad: “A mis amigas de la infancia. A mis educadoras. A las personas que me aprecian y cuentan conmigo a pesar de todos mis defectos”. En esta dirección temática se descifra el primer bloque del libro, titulado “Eco de un tótem”, donde el vocablo “campana” origina un émbolo de sensaciones cuya evocación conduce a crear un espacio proclive a integrar todos los elementos coadyuvantes que nos ayudan a entender la relación intratextual de lo aprehendido y lo imaginado, como si la realidad hubiera asumido un estado de conciencia que prevalece inmune frente a la irreductible tiranía del tiempo: “el pasado es presente siempre vivo”. La educación en el convento de monjas se convierte en vector capital de la experiencia, marcando el eje diacrónico donde confluyen las presencias reales y las mitomanías próximas a toda razón humana; vértices que construyen el edificio, no siempre explicable ni inteligible, de la creación en cualquiera de sus manifestaciones. La alianza poderosa entre el metro clásico de la lira, trasladada de la poesía italiana por Garcilaso de la Vega y tan irrepitiblemente transcrita por el místico Juan de Yepes, y los haikus introductores, que contrastan vivamente, crean un vínculo que aspira, como todo arte, al acercamiento de tradiciones exógenas o alejadas en un tándem conciliador y efectivo donde las distancias se diluyen y se potencia el poder universal de la palabra.

Sin preterir sus distintivas claves, Aurora nos conduce en este nuevo libro –que titula *La piel del verso*– por derroteros que no, por explorados, merman el caudal metafórico del símbolo arquetípico: el refugio de la infancia y la elegía inexorable del paso del tiempo. Cómo no rememorar ahora al poeta y novelista austríaco Rainer Maria Rilke cuando apostillaba que la verdadera patria del hombre es la infancia, ese reducto cálido que se nos desvanece en la memoria,

¹ García Haro, I. (2013): Prólogo, en Gámez Enríquez, A.: *Haikus a tres voces*. Toledo: Editorial Celya. Colección Generación del Vértice, 120. Edición trilingüe español-inglés-alemán, pp. 7-11.

² Morales Lomas, F. (2017): Música y sentimientos en la lírica de Aurora Gámez. Introducción en Gámez Enríquez, A.: *Del azahar era el valle*. Coín (Málaga): Asociación de Mujeres Amatista. Edición bilingüe español-inglés, pp. 7-9. En este mismo sentido se manifiesta Sebastián Gámez Millán en el prólogo al libro *Luz de mis ojos* de Aurora Gámez: “Salvando las distancias, en un tono neo-popular, como lo hicieron, cada uno a su modo, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca, por mencionar a tres andaluces universales, Aurora Gámez Enríquez canta y celebra todo aquello que gira alrededor de su vida”.

pero conserva imágenes, a veces inasequibles, con un mágico halo de vigorosa intensidad: “No era consciente / de mi fragilidad / de niña humilde”. En este mismo sentido se incardina el poema “Silencio y claustro”, aleando una primera parte, a modo de silva clásica, con los haikus de clara preferencia para la escritora porque es un metro sencillo –que no simple– de transmitir brevemente un pensamiento complejo: “Hoy no es ayer / ni mañana, ni nunca. / Es el instante”, en una conjunción reiterada (arte mayor y menor) a lo largo del libro con un pujante atractivo estético. Un renovado tópico, el del *tempus fugit* (que se asocia inexorablemente al *carpe diem*), trasparece taxativo como vivenciación de lo que somos y lo que finalmente seremos. Poema a poema, vertebrados sobre esta estructura de contrarios –que no lo son tanto–, Aurora Gámez nos va descubriendo el hallazgo de la escritura (“Prendida por el verso”); la solidaridad con los desheredados (“Elocuencia íntima”); la formación del pensamiento crítico a través del estudio, la reflexión y la lectura (“Rotulado silencio”); los espejismos de la educación: “No hay pecado / solo vida que pasa / sin salvación” (“Paisaje onírico”); el despertar al mundo entre la soledad y el silencio (“Mis venas tan abiertas”) y la convicción de la búsqueda y la lucha para vencer la adversidad (“Más allá del silencio”).

A partir del poema “Temblor, sueño y guía”, los temas intemporales que sustentan la columna vertebral del poemario (la infancia, el *carpe diem* y el *tempus fugit*) se van imbricando con otros (el sentimiento de la naturaleza, la metapoésía, el humanismo ético³) o se hilvanan entre ellos: “Vivo el momento / paisaje, temple vida; / sueño el instante”. Así mismo deviene un constante regreso a los asuntos capitales que, isométricamente, marcan el carácter tensivo del lenguaje y lo orientan en vectores temáticos que oscilan sobre los recuerdos del pasado, difuminándose entre la gratitud por la educación religiosa recibida, el poso de servicio que subyace en su alma y la sensación de vacío a la que se enfrenta sin saber muy bien la motivación o el origen: “Vocación de no ser / intento de la nada”.

Sea como fuere, Aurora Gámez inicia un proceso de interiorización y compromiso que es, en definitiva, lo que dará sentido a su experiencia poética, el leitmotiv de una opción privativa donde se incardina un sentir inopinado pero iluminativo que incide directamente en el crisol de la identidad: “Pensar en los demás se hace grandeza / integrarse y vivir en mutuo abrazo / renunciando a todo lo superfluo / en un cambio constante / en la busca del bien y el pensamiento / generosa renuncia imprescindible”; y finalmente alcanza el cenit de toda aspiración ecuménica y solidaria: “Es Mandamiento / amar a todo el mundo / como a sí mismo”.

“Rota en voces cardinales como soneto herido” inicia la capital andadura del poema estrófico por excelencia (cuatro más completan esta sección que se amplía con los ocho sonetos de la sección siguiente: “La amistad, el laurel”). Aurora no se arredra frente al reto de la tradición que pocos acometen, sabedora de una realidad que no suele reconocerse y pretende ocultar ineptia por

³ Véase sobre este asunto el prólogo de Antonio Moreno Ayora a la obra *Más allá del jazmín*.

vanguardia. Así se enfrenta al poema más complejo, sencillo en su estructura (dos cuartetos y dos tercetos, con el acervo de variantes que introdujo el modernismo e innovaron los poetas posteriores) pero tocado por un nimbo de magia que convierte en más lo menos y en grande lo menudo; poema que elevaron a quintaesencia los poetas del Barroco (Góngora, Quevedo, Lope) y han secundado con mudable fortuna el resto de los poetas que han sido y seguirán siendo. Ejemplos abundan en nuestra historia literaria cuando advertimos sin demasiado esfuerzo que Bécquer solo escribió un soneto⁴; y pocos más, personalidades poéticas tan rutilantes como Machado o Darío, Aleixandre o Dámaso, quien afirmaba en su fecunda lucidez: “Y pasarán los años y los años, irán modas, vendrán modas, y ese ser creado, tan complicado y tan inocente, tan sabio y tan pueril, nada, en suma, dos cuartetos y dos tercetos, seguirá teniendo una eterna voz para el hombre, siempre igual, pero siempre nueva, pero siempre distinta”⁵. Y, como todo reto, el lance de penetrar en el denso bosque del soneto exige intrepidez y cordura, planificación y arrojo, estudio y brío a partes equivalentes a fin de ejercitarse en una empresa anfractuosa, donde tantos fracasan porque el idioma (la palabra, su música y misterio) –como afirmaba el romántico sevillano– siempre se muestra rebelde y mezquino.

Pero en Aurora esta sensación de riesgo y vuelo se muestra connatural a su naturaleza combativa. El apartado “Sed de libertad” identifica claramente la opción defendida y mantenida por la activista malagueña que no duda en afirmar: “Quise volar” y se alfa sin bridas en la consecución de su deseo: “No / me pongas / el plomo / de unas alas / de madera / vetusta y desgastada / ponme plumas / que ondeen al aire limpio / y mi cuerpo / acaricie el azul cielo / prenda el vuelo / mi ser de alma marina / para volver / contigo / a / nuestra / casa”. Francisca Pascual Domenech, Gabriela Mistral, Gioconda Belli, Ida Vitale, Juana Castro y de manera reiterada Gloria Fuertes marcan el asunto cardinal de este libro: la entusiasta defensa del espacio que la mujer exige en una sociedad tantos siglos constreñida por el necio poder de la fuerza y ajena a los carismas de nuestra efímera humanidad: la inteligencia, la sensibilidad, el arte y la ternura; dones que alimentan la poesía, reducto también negado de generación en generación tanto a la *donna angelicata* como a la *femme fatale*⁶.

⁴ “Homero cante a quien su lira Clío / le dio, y con ella inspiración divina, / de Troya malhadada la rüina, / del ciego Aquiles el esfuerzo y brío. / Ensalcen de Alejandro el poderío / ante cuyo valor su frente inclina, / con asombro la sierra que ilumina / el sol desde Libia al Norte frío. / Que yo del Betis en la orilla, cuando / luce la aurora, y las gallardas flores / se despliegan el aura embalsamando, / cantaré de las selvas los amores, / los suspiros de céfiro imitando / y el dulce lamentar de los pastores”. Aunque es palmario el eco garcilasista, la abundancia de hipérbatos y las continuas alusiones al mundo clásico lo acercan más a los autores del Barroco de los que pretendía alejarse con sus famosas *Rimas*, “suspirillos germánicos” para Núñez de Arce o “ayuntamiento monstruoso de los lieder alemanes con las seguidillas y coplas de fandango andaluzas”, según el insigne cordobés Juan Valera.

⁵ Alonso, A. (1944): *Ensayos sobre poesía española*. Madrid: *Revista de Occidente*, p. 397.

⁶ Observemos, sin embargo, la cita de Juan Ramón Jiménez, certero contrapunto: “A caballo va el poeta... / ¡Qué tranquilidad violeta!”, con ese acento naif tan privativo del poeta onubense.

Ocho liras integran la sección “Legado de quien ama”, una paráfrasis lírica sobre la vida y la muerte que culmina con un nuevo soneto (“Primavera en la ciudad”), para dar paso al último capítulo con el epígrafe “Nómada” -una concatenación de poemas de tono epigramático que avientan, alígeros, el severo lastre de la vida- y cerrar finalmente con aliento fresco y firme un libro de poemas testimonial y paradigmático para entender nuestra misión tuitiva en el mundo, la nobleza de la gratitud, el deber que nos urge de no callarnos ante cualquier vileza, la razón de la alegría y la necesidad de vivir plenamente cada instante.

Córdoba, enero de 2021.